

MAÑANA. Sábado 31

El agua nuestra de cada día

SALMO 137

Te doy gracias, Señor, de todo corazón;
delante de los ángeles tañeré para ti,
me postraré hacia tu santuario,
daré gracias a tu nombre:
por tu misericordia y tu lealtad,
porque tu promesa supera tu fama;

Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra,
al escuchar el oráculo de tu boca;
canten los caminos del Señor,
porque la gloria del Señor es grande.

Cuando camino entre peligros,
me conservas la vida;
Señor, tu misericordia es eterna,
no abandones la obra de tus manos.

ORACIÓN: "Padre nuestro creador"

Padre nuestro,
creador de todas las cosas,
es tu hora, la de tu señorío salvador.
Manifiesta al mundo quién eres, Padre,
el que viene a cumplir sus promesas,
Dios misericordioso y fiel,
y que quieres establecer tu Reino
de paz, justicia y santidad.

Danos, Padre, tu Espíritu,
que nos enseñe a ser testigos,
haciendo en todo tu voluntad,
llevando a cabo la misión que nos has
encomendado.
Padre providente,
Tú conoces nuestras necesidades
y los deseos de nuestro corazón.

Enséñanos a vivir cada día confiados en ti
y a abrir cada día nuestro corazón al prójimo,
compartiendo lo que Tú nos das
y perdonando a los que nos ofenden.

Danos también la dosis de amor
que precisamos cada día.
No mires, por favor, nuestros pecados,
transfórmalos con la fuerza de tu gracia,
libranos de nuestra autosuficiencia
y protégenos del poder del mal que nos amenaza.
Padre nuestro, Padre del amor infinito,



Lectura: Lc 15, 1-7

Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén como a unos quince estadios, y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano. Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa.

Dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.»

Le dice Jesús: «Tu hermano resucitará.»

Le respondió Marta: «Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día.»

Jesús le respondió: «Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?»

Le dice ella: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo.»

ORACIÓN FINAL

Haz, Señor, que al recoger hoy las preocupaciones que el primer día dejamos a tus pies, nos encontremos con la sorpresa de que, aunque siguen siendo las mismas, ya no las vivimos de la misma manera, porque tu horizonte las ha puesto "en su sitio" y a nosotros también. Que la esperanza que hemos gustado estos días nos acompañe en la vida normal de cada día, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



EL AGUA NUESTRA DE CADA DÍA (Jn. 11, 17-27)

Es una suerte que algunos personajes que aparecieron antes en el evangelio, vuelvan a aparecer más tarde, pero ahora tan distintos que parecen otros. ¿Qué le pasó a Marta, después del rapapolvo que le echó Jesús? ¿Dónde está su descentramiento? ¿Qué pasó con su actuar nervioso y sin fuente? No sabemos lo que le pasó, pero la que antes era el prototipo de la dispersión y de la queja, ahora se ha convertido para nosotros en ejemplo de mujer de fe, echando por los suelos todas esas otras etiquetas. Y es que, acaso, la gracia tiene que esperar el momento adecuado en el que sabe que va a encontrar rendijas en nosotros. Lugares por donde filtrarse como el agua. Y hacer de nosotros, personas humildes, muy humildes y muy pequeñas, que acogen asombradas tanto don y tanta fuente.

Mirar a Marta antes y mirarla ahora nos llena el corazón de esperanza. Es la misma. Con sus mismas tendencias, con sus mismos prontos, con sus mismo nervio. Pero es la misma tocada por la gracia. Y entonces lo mismo ya no es lo mismo. Comienza nuestro relato diciendo que *“tan pronto como llegó a los oídos de Marta que llegaba Jesús, salió a su encuentro”* ¡cómo no! ¡Le debe tanto! ¡Ha sido tan generoso con ella! (Y, como haciéndonos un guiño, dice el evangelista, que en este caso la que *“se quedó en casa”* fue María de Betania).

Y Marta acude a ese lugar tan humano que veíamos en el episodio de la “pesca milagrosa”, a esa zona donde confluyen el realismo duro y la tristeza, la desesperanza incluso el reproche: *“Maestro, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano”*. Si tu presencia hubiera sido más activa, si hubieras realizado el milagro... no hubiera ocurrido lo inevitable... Pero entonces Marta acierta a echar el hilo, el cabo de la esperanza: *“pero aun así, sé que todo lo que pidas a Dios te lo concederá”*.

Y es que la gracia llega a nosotros en mitad del realismo. *“Nos hemos pasado toda la noche faenando y no hemos pescado nada”*. Pero la gracia tira del hilo de la esperanza: *“pero en tu nombre echaré las redes”*. O en el caso de Marta: *“Aun así sé que todo lo que pidas a tu Padre te lo concederá”*. Y Jesús agarra el cabo de este hilo de esperanza, por fino y frágil que parezca. Y va tirando suavemente de él. Como hizo con la samaritana, como hace con Marta, como ha estado haciendo estos días con nosotros. Jesús va tirando de las esperanzas que tiene Marta; lo mismo que tiró de los amores que tenía la samaritana. Para llevar a ambas (y a nosotros) al mismo punto, a esa declaración que nos abre los ojos y el corazón, la vida entera. A esa declaración de *“Soy yo”*.

Ese *“Yo soy”* se nos clava en el alma. A él volveremos una y otra vez cuando la vida nos coloque en situaciones de no ser, de no poder, de no valer, de no sostenernos. Volveremos a la fuente del *“Soy yo”*. Porque es en Él donde están todas nuestras fuentes. Ese *“soy Yo”* curará toda nuestra mala soledad, nuestras impotencias, el poder del pecado que nos tiene, nuestras desesperanzas y nuestra libertad encorvada.

A la samaritana le dijo que *“Yo soy ese manantial, en su interior, del que brota el agua viva que salta hasta la vida eterna”*. A Marta, nuestra Marta, le dice *“Yo soy la resurrección y la vida”*. Que el que beba de ahí jamás morirá del todo. Le dice que nunca dejará de ser cuidada y de cuidarnos. Jesús le ofrece a Marta beber del agua de beber, agua de la vida.

Y entonces le lanza esta pregunta que tanto nos impresiona: *“¿Crees esto?”*. No en general y de una forma teórica. Me imagino a Jesús mirándola a los ojos con aquella hondura tan suya y buscando, suscitando ese hilo de su confianza. Estos días hemos escuchado cosas tremendas. Hemos intuido, hemos agradecido, hemos orado con afirmaciones muy grandes. Y si alguien “ajeno a la obra” se hubiera colado en esta capilla o en la sala de arriba y nos hubiera escuchado, habría pensado sin duda: *“Estos están totalmente locos, pero de qué cosas tan incompresibles y raras están hablando. ¿Pero de verdad se creen lo que están diciendo?”*

Pero no sólo eso. Lo tremendo es que ese intruso escéptico, que se cuele en la capilla o en la sala, lo tenemos dentro de nosotros. Y cuando nos pilla un poco descentrados o con la guardia baja. O cuando nos golpea alguna circunstancia adversa. O sencillamente sale lo peor de nosotros mismos... nos asaltan otra vez, no las dudas teóricas o teológicas sino, más radicalmente, la desconfianza del corazón.

El río de la vida cotidiana va a llevarse a lo concreto las aguas de las fuentes de las que hemos bebido estos días. Y va a encontrarse con situaciones mil en las que el Señor, mirándonos a los ojos, sosteniéndonos la mirada, va a decirnos: *“aquí, terminado el Retiro, lejos de la orilla de este lugar tan especial, sacudido ahora por la olas de verdad... ¿crees esto? ¿vas a darme tu confianza? ¿vas a confiar en mí? ¿vas a dar crédito a mis palabras? Ojala que, lo mismo que Pedro, cuando recibió aquella pregunta que le sangró el corazón: “Pedro, ¿Me amas?”, nosotros también, bajando la cabeza y con el corazón encogido, le digamos, desde dentro: “Señor, tú lo sabes todo, no hace falta que te cuente las tinieblas de mi corazón, pero Tú sabes que te quiero. Pecadoramente, pero no puedo dejar de quererte”*.

Y Marta: *“Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo y a mi corazón”*. El Pedro que antes niega, ahora confiesa. La Marta, antes dispersa, ahora tiene fuente. Pero ambos, como nosotros, tuvieron que pasar por la negación, por la traición, por la queja de lo bueno, por perderse el encuentro. El encuentro es obra de la gracia. Y es tan grande que todo lo anterior forma parte ya de la historia de la salvación. Pedro, Marta... volverán a despistarse, volverán a las andadas. Seguro que sí. Pero este *“Yo soy”* se les ha grabado en el corazón. E incluso en sus más grandes desvaríos, ya saben dónde volver.